

DON MARCELO, DE CERCA

En la Catedral Primada (16-Enero-2018. Centenario del nacimiento)

Excmo. Y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Toledo - Primado de España

Excmos. y Rvdmos. Srs. Arzobispos y Obispos

Excmo. Sr. Deán y Cabildo Primado

Señoras y Señores

Saludo también a quienes están unidos a nosotros por el Canal Diocesano de televisión y por Radio Santa María de Toledo

Y saludo de manera muy especial al Sr. Obispo emérito de Orihuela-Alicante, Don Rafael Palmero Ramos, aquí presente, mi querido hermano en el sacerdocio y compañero en las vivencias que voy a narrar, como secretario, primero, y después Vicario general y Obispo Auxiliar, que fue, de Don Marcelo.

Muchos se preguntan cómo vive un obispo, en su vida privada. La respuesta es: Cada uno a su manera, todos de forma digna, de acuerdo con las circunstancias de cada cual. No tan bien como bastantes piensan y con más limitaciones de las que algunos se imaginan. Yo voy a decir algunas cosas de Don Marcelo, del que fui secretario particular cuarenta y tres años, cuya vida familiar era muy sencilla.

Por ejemplo, podemos preguntarnos ¿cómo celebraba Don Marcelo el día de su santo?

Fue variando un poco, según iban cambiando las circunstancias de las diversas diócesis en que estuvo. Recuerdo que en Barcelona, un año, después de la comida en familia y dormir un poco de siesta, Don Marcelo, Don Rafael Palmero y un servidor fuimos al Tibidabo, donde había un

parque de atracciones, sobre todo para niños, y pasamos un rato muy divertido, entrando en la sala de los espejos, donde aparecían las figuras deformadas; en la casa de los horrores, donde aparecían brujas y fantasmas y, ya entre dos luces, terminamos montándonos en la Montaña Rusa.

En Toledo, por la mañana, iba celebrar la Misa al Seminario. Después desayunaba con los seminaristas, y el resto del día estaba retirado, rezando y algún rato despachando correspondencia y atendiendo llamadas de teléfono. A mediodía, hacíamos una comida de familia, a la que se unía un matrimonio de Barcelona. Después descansábamos un poco y, cada año sin fallar nunca, hacíamos una cosa: jugar unas partidas de cartas. Primero, a la brisca; después a otra cosa, que llamábamos la negra, en que se jugaba más dinero, que nadie cobraba, y lo que íbamos perdiendo se echaba en un cestillo y era para Cáritas; y terminábamos con otra partida, que llamábamos la mona, que era la más divertida: Uno iba echando cartas y los demás, cuando salía una sota, teníamos que levantar la mano y decir: Adiós señorita.- Cuando salía el caballo, con el mismo gesto decíamos: Adiós caballero. Cuando salía el Rey, había que hacer una inclinación de cabeza, siempre en silencio y sin reírse. El que hablara en cualquiera de estos tres saludos o se riera, perdía el juego, y tenía que echar un duro al cestillo y coger las cartas y repartirlas. Uds. ¿Se imaginan a Don Marcelo haciendo esas ceremonias? Unas veces, las hacía bien y otras se equivocaba y, como los demás, tenía que coger las cartas, poner el duro y repartir. Y, cuando se equivocaba alguno, que era cosa muy frecuente, todos lo reíamos.

A las siete o siete y media de la tarde tomábamos un café con leche. Después, los invitados de Barcelona se iban. A estas horas, **-las seis-**, estábamos en plena sesión de juego. ¡Que recuerdo tan grato...!

Hoy, 16 de enero, recordamos la fecha del centenario de su nacimiento. Pero verán una cosa curiosa: **¿Cómo podemos demostrar que nació el día 16?** En la partida de bautismo de la parroquia de su pueblo, Villanubla, provincia y diócesis de Valladolid, en que nació y creció, no aclaramos nada. En el libro de bautismos pone que nació el día 10 y, para colmo, en la copia de la partida que sacó once años después el que era Párroco, cuando Don Marcelo fue al seminario, pone que nació el día 18. Ambas copias las hicieron dos párrocos muy celosos y cumplidores, pero no fueron muy exactos en

este asunto de escribir partidas, que entonces se hacían totalmente manuscritas.

En la partida de nacimiento del ayuntamiento dice que el niño Marcelo González Martín, hijo del matrimonio formado por Minervino González y Constanza Martín, nació en Villanubla, el día 16 de enero de 1918. Y su madre, principal protagonista y testigo del hecho, siempre dijo, sin saber nada del embrollo de las partidas de bautismo, que había nacido el día 16 de enero, a mediodía, cuando estaba todo el pueblo blanco, cubierto por una gran nevada, que había caído durante la noche, y que le pusieron de nombre Marcelo por dos motivos, porque era el Santo del día, y porque una hermana de Minervino, el padre del niño, que se llamaba Marcela, había fallecido hacia ocho años, cuando tenía diez y nueve de edad.

Sin buscar nuevos testimonios se impuso la verdad de que había nacido el 16 de enero, en Villanubla, porque Don Marcelo siempre celebró su santo ese día y así pasó a todos los documentos, incluidos los nombramientos de Obispo y de Cardenal, en los que no habían pensado ninguno de los dos buenos Párrocos de Villanubla.

Don Marcelo, como siempre fue conocido por todos, desde los primeros monaguillos que tuvo en Valladolid hasta los Papas y los Reyes, fue llamado por Dios a su presencia, a los 86 años, después de sesenta y tres de sacerdote, cuarenta y tres de obispo y treinta y uno de cardenal. Ya muerto Don Marcelo y debidamente aclarada la fecha del nacimiento y el error de la partida de bautismo, se ha hecho un nuevo asiento de la partida en el libro de bautismos de la Parroquia de Villanubla, con las notas marginales correspondientes

Aficiones especiales

La primera, la lectura, desde muy niño y, ya de obispo, que es cuando yo le conocí de cerca: la lectura de libros de historia, sobre todo de los siglos XIX y XX, en que era especialista.

Otras diversiones más frívolas: el fútbol. El nunca jugó porque tenía un defecto en la vista, que le obligó a llevar gafas desde niño. Era entusiasta, casi hinch, del Real Madrid. Vivía, como propios, los regates de Di Stefano,

Gento, Amancio, y Butragueño, como si los hiciera él mismo. Se alegraba con los triunfos merengues y pasaba malos ratos cuando el Madrid perdía. Le gustaban mucho, aunque fue a verlas menos veces de las que él hubiera deseado, las carreras de galgos, en algunas fincas cercanas a Toledo. Disfrutaba hablando con los galgueros, a los que preguntaba por las características de cada perro y pedía que le explicaran cómo los enganchaban a la trailla y cómo les soltaban cuando salía la liebre. Le gustaba pasear por el campo abierto: iba a ver bandos de perdices, desde la carretera, cerca de Yuncillos, y observar cómo corrían las liebres, junto a la carretera de Fuensalida, cerca de la vía del tren.

UNA AFICION ESPECIAL Y SU DEDICACION DE POR VIDA: LA PREDICACIÓN

La cultivó desde niño

Muchas veces nos preguntamos si el poeta nace o se hace. Lo mismo podría decirse del comunicador, en **concreto del predicador**. De Don Marcelo se conserva una breve poesía dedicada a la trilla, pero nunca sintió inclinación especial por escribir versos. Sí que fue un excelente comunicador; y ejerció el ministerio de la palabra de manera extraordinaria, con sus sermones y sus cartas pastorales.

Cuando tenía nueve o diez años y sus amigos querían escucharle, les echaba un discurso y, cuando no tenía otro auditorio, se encerraba en un cuarto en que su madre guardaba las ollas de la leche con la que hacía el queso, que vendía, y predicaba a las ollas y a los pucheros. Cuando cumplió once años dijo que quería ser cura para predicar, como el párroco de su pueblo, que era el único que hablaba en público.

Su traslado al seminario de Comillas fue decisivo. A quienes iban desde otros seminarios a esta Universidad les obligaban entonces a hacer un curso de perfeccionamiento de los estudios de latín y humanidades, antes de empezar la filosofía o la teología. Para Don Marcelo ese curso fue determinante para decidir su vocación y para despertar su afición por los estudios humanísticos y, en particular, para adquirir facilidad de hablar en público. Un profesor, que

era el tutor del curso, descubrió sus cualidades. Le orientó, le estimuló y le abrió amplios horizontes.

Cuando se ordenó sacerdote empezó enseguida sus predicaciones continuas en Valladolid. Después de cada sermón, él mismo se hacía la autocrítica, analizando la reacción del público y escuchando las observaciones que algunas personas le hacían.

En un cuaderno iba escribiendo diversas notas, entre otras cosas, éstas: *“Hoy he llegado a la iglesia de San Ildefonso muy deprisa, un poco nervioso. No me ha salido bien. Tengo que prepararme mejor y llegar con más calma”*. Otro día: *“La gente ha estado muy atenta y se han impresionado con el ejemplo que les he narrado”*. Otro: *“Don Germán González Oliveros,(que fue Canónigo Magistral en Valladolid y después Deán, sacerdote ejemplar, con gran prestigio), me ha dicho que no me esfuerce tanto (entonces no había micrófonos); que como no cuide la garganta, pronto me voy a quedar sin voz”* Y en una ocasión escribe: *“Todo esto lo hago, con la intención de ir corrigiéndome, y lo escribo en notas exclusivamente para mi uso personal, para tenerlo en cuenta y corregirme. Esto a nadie le importa. Si alguien llegara a meter las narices en este cuaderno, sepa que se mete donde no debe”*.

Yo no he metido las narices; lo he leído con veneración y lo digo con el mayor respeto. Antes de morir me autorizó a que yo me hiciera cargo del archivo, que iba a entregar al Cabildo Primado, y que yo viera y publicara lo que creyera conveniente. Y creo que esto es un ejemplo de esfuerzo y trabajo que nos dio. Lo mismo que nos dio ejemplo en cómo preparaba sus sermones: haciendo siempre un guión, más o menos amplio, estudiándolo y “rezándolo”. Varias veces le oí decir que los sermones hay que prepararlos bien, estudiarlos detenidamente y cocerlos en la oración ante el Señor. Ésta es una máxima, que aprendió de San Juan de Avila.

Y él lo hacía: Por la mañana, de siete y media a ocho hacía su meditación. Por la tarde, después de rezar el rosario, paseando por una galería o por el patio, hacía su visita al Santísimo, al menos durante veinte minutos, y, cuando iba a tener alguna intervención más importante, se iba con sus guiones a la capilla y allí estaba largos ratos “cociendo el sermón”.

Sus predicaciones en Valladolid

En Valladolid predicó constantemente en las diversas iglesias y en otros lugares. Fueron muy famosos unos sermones, con aplicaciones a la vida social, que predicó el año 1950, cuando tenía 32 años, en la Iglesia de San Benito. A partir del segundo día, el gobernador civil y un Ministro del Gobierno intentaron que el Arzobispo los prohibiese; pero el Arzobispo no sólo no accedió a la petición, sino que dijo que aprobaba totalmente lo que estaba diciendo Don Marcelo, y éste, en lugar de acobardarse, se enardeció con la denuncia y, al día siguiente de ésta hizo desde el púlpito una proclamación pública de su ideal como sacerdote, que después sintetizó en dos palabras del Evangelio, lema de su escudo episcopal: **“Pauperes evangelizantur”**. **“Los pobres son evangelizados”**

“Mi anhelo –dijo entonces- es ser Sacerdote de Jesucristo, Ministro del Evangelio, con todos los valores que la vida y la doctrina de Dios hecho hombre encierra, al servicio del hombre y de todos los hombres.

Las enseñanzas aprendidas y las luces del Cielo capacitan a un sacerdote en su misión a desempeñar, y el sentimiento de justicia e injusticia no sólo le estimula, sino le impone la actuación, con sus mejores amores: el Evangelio y los pobres, pidiendo a todos los que, con legítimo orgullo ostentan el título de cristianos, vivan la vida que a ese título corresponde y hagan noble ostentación de que saben querer como hermanos a todos los hombres, sean o no sean cristianos.

Lo que importa es que la Verdad sea conocida y brille por doquier. Esa fue la consigna del Salvador de los hombres: que “la Verdad sea conocida”, que el Evangelio sea, además de conocido, vivido, y para ello en lo que a mí corresponde, estoy dispuesto a no restar ni un adarme.”

Durante doce años, acudían gentes de todas clases sociales de Valladolid, que abarrotaban las naves de la catedral, para oír sus sermones en la misa de los domingos, a la una y media,

Oposiciones a canónigo.

Cuando tenía veintinueve años hizo las oposiciones a Canónigo de la catedral de Valladolid. Las realizó de forma brillantísima. El último ejercicio era predicar un sermón. La calificación fue un DIEZ, con el siguiente añadido:

“El Tribunal, por unanimidad, hace constar que el sermón en forma homilética de Don Marcelo González Martín ha sobrepasado, considerado en relación con los sermones de los otros dos opositores, muy considerablemente, y, no teniendo puntos con qué expresar esta diferencia, lo hace constar a los efectos que procedan”.

Durante el tiempo que fue Arzobispo de Barcelona, y sobre todo cuando se fue enterando de ciertas cosas, expuso repetidas veces al Papa Beato Pablo VI y al Nuncio, Mons. Dadaglio, que él ni había pedido ir a Barcelona, ni tenía interés en seguir allí; que le sacaran cuando quisieran. En una ocasión el Nuncio le dijo que la única solución para que saliera de Barcelona era ir a Roma, como secretario a una Congregación. Don Marcelo le dijo que eso no lo podía aceptar, porque no dominaba el italiano y, *“si yo no puedo predicar, -le dijo- prefiero dejar el ejercicio del episcopado e irme a mi casa...”*. Esta misma razón, no dominar la lengua italiana, fue la que expuso al Nuncio Monseñor Tagliaferri, el año 1993, cuando, transmitiéndole los deseos del Santo Padre, le pedía que fuera a dar los ejercicios espirituales al Papa y a la Curia Vaticana. *“No domino el italiano-le dijo-. Podría hacerlo en español o en latín, pero ir, limitándome a leer unas cuartillas, sin poder improvisar sobre la marcha, me parece una falta de respeto”*. Y no aceptó.

Dictamen de un gran médico de Toledo

Cuando, ya jubilado, con más de 80 años, empezó a sentir una afonía que se le hacía crónica, fue a consultar a un otorrino muy competente de Toledo, que le examinó con toda atención y le dijo que tenía un nódulo en una cuerda bucal, fruto del desgaste del mucho uso que había hecho de su garganta; que no era grave, pero que podría ir aumentando y, en pocos meses, le impediría hablar en público. Le añadió que, dada su edad y el informe del cardiólogo, la anestesia podría acarrearle algún trastorno mental

pasajero o quizá, como había ocurrido en algunos casos, un trastorno irre recuperable. Don Marcelo le dijo: *“Entonces, Doctor, pueden ocurrir dos cosas: Si no me opero, dentro de poco tiempo no podré predicar y, si me opero, puedo perder la cabeza por efectos de la anestesia”*. *“Efectivamente”*, le dijo el Doctor. Don Marcelo le respondió en el acto: *“Pues...opéreme cuanto antes, porque sin predicar no voy a poder vivir; es igual que si me he muerto, y los efectos secundarios de la anestesia puede ser que se produzcan o no se produzcan”*. Y añadió: *“Como esto puede ser un poco comprometido para Ud., deseo dejar por escrito que conozco los riesgos que corro con la operación; que Ud. me ha advertido de ellos y que yo los asumo voluntariamente. Me hago responsable de lo que pueda suceder”*. El Doctor le operó. Durante unos días estuvo desubicado, pasó una temporada sin predicar, pero después siguió haciéndolo con toda normalidad hasta unos meses antes de morir. Excmo. Y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Toledo - Primado de España.

Don Marcelo predicó más de 10.000 sermones. De muchos de ellos, no quedan notas escritas. Pero se conservan 53 carpetas, con discursos íntegros y esquemas, desde que tenía 14 años de edad hasta ocho meses antes de morir.

No se preocupó de sus cosas personales

Ni de mirar la partida de su bautismo. Fue a Vinebre, provincia de Tarragona, a ver la partida de bautismo de San Enrique de Ossó, el Fundador de la Compañía de Santa Teresa, de quien escribió la biografía, para comprobar si había nacido el 15 ó el 16 de octubre, y no se preocupó de mirar la partida de su bautismo, que tenía más cerca.

No tuvo cartilla en el banco hasta después de estar dos años en Barcelona.

Su hermana, Angelita, sí que tenía una pequeña cartilla en una caja de ahorros, y le puso como cotitular, pero él nunca se preocupó del dinero que había. Eso era cosa de su hermana. Ya, estando en Barcelona, dos personas de familias distintas, una de ellas con la que tenía gran amistad desde los años de Valladolid, y otra conocida y tratada muy cerca desde que llegó a Barcelona, le hicieron caer en la cuenta de que no podía vivir así, dejando prácticamente desamparada a su hermana, en el caso de que él muriera, y le

convencieron de que tenía que abrir una cartilla en condiciones, para ir ahorrando y asegurar el porvenir de su hermana, en el caso de que él faltara. Hasta entonces se había conformado con tener lo suficiente para ir viviendo cada día, con una digna austeridad, confiando en Dios.

Nunca tuvo casa propia.

En Valladolid vivió en una casa de renta e hizo más de 800 casas para los necesitados. Quisieron hacer una casa para él y la rechazó, para que nadie dijera que se había aprovechado del dinero que había pedido a unos y a otros para hacer casas. Después hizo algunas viviendas en Astorga y en Toledo, y en Barcelona presidió el Patronato de Viviendas del Congreso.

Una familia de Barcelona, que se enteró de su situación, quiso hacerle el obsequio de una casa donde él quisiera. Lo rechazó por las mismas razones que dio a quienes habían querido hacérsela en Valladolid. Pero este matrimonio habló con Don Rafael y conmigo y les dijimos por dónde podían atacarle, de modo cariñoso y eficaz: Díganle que quieren hacer una casa para su hermana Angelita, porque si él faltase, ¿dónde iba a vivir ella? Así se lo dijeron. Entonces Don Marcelo accedió y Angelita escogió, para que le hicieran la vivienda, el pueblo de Fuentes de Nava, provincia de Palencia, donde había nacido su madre y donde ella tenía sus amistades.

Allí hicieron la casa, en la cual desde el año 1972 pasaron las vacaciones y donde años después los dos fallecieron. A su muerte, la donaron al Obispado de Palencia y ahora es la Casa parroquial y salón de catequesis.

Ni del enterramiento

Tampoco se había preocupado del lugar en que había que enterrarle. El derecho canónico dice que los Obispos, incluso los eméritos, pueden ser enterrados en la catedral de su Diócesis. Y suelen señalar el sitio en que quieren ser sepultados. Don Marcelo no se preocupó de ello. El año 1995 pasó a emérito con 77 años, sin decir nada sobre el asunto. Tres años más tarde (en octubre de 1998) cayó gravemente enfermo en Fuentes de Nava. Le ingresaron en el hospital provincial de Palencia, y estuvo a punto de morir. A mí me avisaron para que fuera lo antes posible, si quería verle con vida. Gracias a Dios, lo superó. Don Rafael Palmero, su antiguo secretario y

Vicario General aquí, en Toledo, era Obispo de Palencia. Hablamos entre nosotros de lo que lo hubiéramos tenido que hacer, si Don Marcelo hubiera fallecido, y comprobamos que a ninguno de los dos nos había dicho nada de sus deseos sobre la sepultura.

Cuando le dieron el alta, yo me quedé unos días en Fuentes y le pregunté si se había dado cuenta que había estado a punto de morir. *“No me he dado cuenta”,* me respondió. *“Pues me avisaron –le dije– porque tenían miedo de que Ud. sólo durara unas horas. Y le voy a hacer una pregunta: Si hubiera muerto ¿dónde hubiéramos tenido que enterrarle? Ha escogido el sitio?”* Me miró y me dijo con naturalidad: *“A mí me da lo mismo. Haced lo que os parezca mejor”*. Después de varias preguntas y respuestas, le dije que yo iba a quedarme allí unos días, pero al volver para Toledo, tenía que traerme un escrito, firmado por él, en que dijera dónde quería ser enterrado, cuando falleciera, *“que ojala sea dentro de muchos años”,* pero que tenía que escribirlo. Al fin se decidió y lo hizo: En la capilla de San Ildefonso, patrono de la Archidiócesis de Toledo, al que desde seminarista tuvo mucha devoción, en cuya fiesta entró en la Diócesis Primada, y porque allí está enterrado el Cardenal Gil de Albornoz, gran defensor del Papa y fundador del Colegio de España en Bolonia, institución a la que él estuvo muy unido. Gracias a esa insistencia se preocupó de un asunto, que de no haberlo resuelto nos hubiera dado algún quebradero de cabeza.

Dos audiencias con lágrimas. Con el Beato Pablo VI y con Franco

Don Marcelo fue a Barcelona por decisión del Santo Padre el Beato Pablo VI, quien, según le dijo el Nuncio, Monseñor Riberi, *“le pide y, en cuanto puede obligarle, le manda, que acepte el nombramiento. No hay manera más clara para ver la voluntad de Dios que el mandato expreso del Papa, a no ser que Ud. quiera exigir que baje un ángel del cielo, para que se lo diga como hizo con la Santísima Virgen”*. Así aceptó Don Marcelo ser Arzobispo de Barcelona, que, aunque años antes se había resistido a ser nombrado obispo, en esos momentos se encontraba feliz en Astorga.

Desde su llegada a Barcelona, se dio cuenta de que el rechazo con que había sido recibido su nombramiento, por no ser catalán, no cesaba y

quienes lo fomentaban buscaban medios para llegar directamente a la Nunciatura, a las más altas instancias vaticanas, e incluso al Santo Padre. Don Marcelo, que manifestó su resistencia al nombramiento, continuó expresando siempre la misma disposición para dejar el Arzobispado de Barcelona en cuanto el Santo Padre lo dispusiera y, cuanto antes mejor, sobre todo cuando empezó a percibir que quienes protestaban regresaban a Barcelona, satisfechos de las gestiones hechas y de lo bien que habían sido recibidos en la Nunciatura.

En una de las audiencias con el Santo Padre, Don Marcelo le insistió que debía salir de allí, sin condición ninguna, dispuesto a ir a la diócesis más pequeña o incluso renunciar al ejercicio del episcopado. El Papa le insistió que no lo dejara, que siguiera, que tenía todo su aprecio y confianza, que estaba muy agradecido por la aceptación que dio en su día y por lo que estaba haciendo, y llegó un momento en que el Papa le dijo: *“Mi cruz es más pesada que la suya, siga adelante. Clavados con Cristo en la cruz es como tenemos que servir a la Iglesia”*. El Papa tomó su pectoral, lo levantó ante los ojos de Don Marcelo y se echó a llorar, repitiendo: *“Mi cruz es más pesada que la suya”*. Ante esto Don Marcelo se levantó del sillón, besó el pectoral del Papa, que seguía llorando, y muy conmovido también él, salió de la audiencia, decidido a *“seguir en su puesto, hasta que Dios quisiera...”*.

El año 1974, cuando Don Marcelo llevaba dos años en Toledo, se produjo el asunto del Obispo Añoveros, el gran conflicto entre el Gobierno Español y la Santa Sede, que pudo haber terminado en un caos. Varios Prelados pidieron a don Marcelo que intentara ver al Jefe del Estado, Generalísimo Franco, que no había querido recibir al Cardenal Tarancón, pero que acaso a él le recibiría. Don Marcelo logró ver a Franco, para pedirle que no expulsaran de España al Obispo Añoveros.

En su conversación le insistió que, por favor, por amor a España y por amor a la Iglesia, no expulsaran al Obispos Añoveros, cuando ya tenían un avión preparado en el aeropuerto de Bilbao para sacarle de España. Después de estar hablando Don Marcelo durante veinte minutos, sin que Franco dijera una palabra, y viendo Don Marcelo que le escuchaba, pero que no le impresionaban las reflexiones que le iba haciendo, le dijo: *“Excelencia, en España hay 23.000 sacerdotes. De ellos más de 22.000 están comportándose*

de una manera ejemplar y, en nombre de la Iglesia, están prestado un servicio a España que nadie más ha prestado, ni lo puede prestar mejor. Con las medidas que ahora quiere tomar el Gobierno, esos 22.000 sacerdotes buenísimos y el pueblo sencillo van a sufrir mucho y van a pagar las consecuencias, de una manera irreparable, de lo que hacen casi 1.000, que crean los conflictos". Ante estas palabras vio que Franco se impresionó. Días más tarde, cuando en el Consejo de Ministros la mayoría ya estaban dispuestos a expulsar de España al Obispo de Bilbao, Franco utilizó ese argumento, que detuvo la expulsión.

Confiado en el éxito que tuvo en esa ocasión, cuando al año siguiente se celebraron varios consejos de guerra en que se pedían penas de muerte para varios miembros de ETA y del GRAPO, Don Marcelo fue de nuevo a ver a Franco y le pidió por las mismas razones, el bien de España y de la Iglesia, que se condonaran todas las penas de muerte y no se ejecutara a ninguno. En un momento Franco le dijo: *"Esté seguro, Sr. Cardenal, que haremos todo lo que se pueda"* y se echó a llorar. Don Marcelo me dijo al salir: *"Se ve que está sufriendo presiones muy fuertes. No sé si se va a conseguir que no ejecuten las penas de muerte. Yo ya no puedo hacer más"*.

EN ASTORGA Y EN BARCELONA

Antes de ser Arzobispo de Toledo, Don Marcelo fue sacerdote en Valladolid, donde desarrolló toda su actividad, de forma ejemplar, durante veinte años.

Después, fue Obispo de Astorga, donde, además de trabajar con su empuje juvenil, participó en todas las sesiones del Concilio Vaticano II.

Como Arzobispo de Barcelona, además de sus continuas predicaciones, **hizo y puso en marcha obras muy importantes**, a pesar del tiempo que tuvo que emplear en capear los conflictos, casi continuos, que se le presentaron.

Con las autoridades mantuvo siempre una conducta de colaboración e independencia. Por lo cual, aunque no aceptó el nombramiento de Procurador en Cortes, que le ofrecieron, los catalanistas y los cercanos al marxismo le tacharon como subordinado manifiesto al Gobierno de Madrid. Por el contrario, hubo grupos de derechas y algunas autoridades, que le

calificaron como colaborador con los enemigos del Régimen y muy débil para corregir los abusos que, según ellos, los otros grupos cometían.

Conflictos desde el primer día

La reacción ante las dificultades es una buena prueba para conocer a las personas. Entre los numerosos incidentes que tuvo en Barcelona, voy a referir brevemente el que considero más comprometido. Ocho días antes de la llegada de Don Marcelo, un grupo de sacerdotes había hecho una manifestación, entonces prohibida por la ley, desde la catedral a la Jefatura de Policía. La policía les cortó el paso, hubo enfrentamientos y heridos. Como consecuencia, procesaron a cuatro de los manifestantes, que años más tarde, siendo Don Marcelo ya Arzobispo, fueron juzgados y condenados a un año de reclusión por el Tribunal de Orden Público. Un grupo de unos cien sacerdotes fueron a manifestarse al patio del arzobispado, desafiando a la policía. Hubo apelación al Tribunal Supremo y dos años después la sentencia fue confirmada. Nueva manifestación en el patio del Arzobispado, con gran escándalo de otros muchos sacerdotes que no estaban de acuerdo con estas actuaciones, y profunda división también entre los seglares de distintos pareceres. Y el Arzobispo en el medio, sufriendo presiones de unos y de otros.

Para llamar más la atención, muchos estaban esperando el momento en que se decidiera la fecha en que debían cumplir la condena de reclusión en una casa religiosa, que señalara el Arzobispo. Don Marcelo estuvo haciendo gestiones, en viajes a Madrid, con tres ministros, Garicano Goñi y López Rodó, los dos muy vinculados a Barcelona, y el de Justicia, don Antonio Oriol, pidiendo que los indultasen, sin que los encausados se enterasen, ni tuvieran que entrar en prisión. Los tres le dijeron que eso era imposible, porque para conceder el indulto tenían que empezar a cumplir la pena. Pero que, en cuanto ingresaran, gestionarían el indulto con toda rapidez. Don Marcelo insistió en que eso era lo que había que evitar, porque se iban a producir grandes conflictos, que iban a dividir aún más al clero y al pueblo. Escribió, además, a Franco, una carta, que el Ministro Oriol le entregó personalmente. No tuvo contestación y cuando llegó la sentencia, diciendo que los cuatro

debían empezar a cumplir la pena, Don Marcelo no aguantó más, consultó con el Abogado del Arzobispado, que era el Decano del Colegio de Abogados de Barcelona, y, sin que se enteraran los encausados, que querían que les obligaran a ir a prisión para que el escándalo fuera más notorio, Don Marcelo decidió hacer un escrito, diciendo que ya estaban cumpliendo la sentencia -cosa que no era cierta- en la casa de San Felipe Neri y daba la dirección y el teléfono de la misma. El asunto, llevado con el máximo secreto, sólo lo sabían el Arzobispo, el Abogado, el Obispo Auxiliar Mons. Guix y el Rector de la casa, que al día siguiente envió un escrito al Tribunal, diciendo que allí estaban reclusos los cuatro sacerdotes y observaban muy buena conducta – lo cual tampoco era cierto- y con este escrito iba unido otro del Obispo auxiliar que, en nombre del Arzobispo, pedía el indulto.

Los documentos llegaron al Tribunal. El Fiscal, para confirmar lo que decían los escritos, llamó por teléfono a la casa de San Felipe Neri, y aquí se lió el asunto. Cogió el teléfono un empleado que no sabía nada de la trama, y el fiscal le preguntó por el Superior, que en ese momento no estaba en casa, y por los cuatro sacerdotes, que estaban allí reclusos. El empleado le dijo que allí no había nadie. El Fiscal llamó por teléfono al obispo auxiliar que había firmado los escritos “por orden del Sr. Arzobispo” y le dijo muy serio que, de acuerdo con la Ley, quien había cometido ese delito de falsedad tenía que ir a la cárcel de forma inmediata.

El Obispo auxiliar fue corriendo a decírselo a Don Marcelo, que estaba con una visita, a la que tuvo que decir que saliera un momento. Don Marcelo se armó de todo lo necesario y dijo, sin dudarle un instante: *“Se acabaron los paños calientes. Ellos verán si detienen a estos cuatro. Si hay que ir a la cárcel, voy delante de ellos. Yo soy el responsable de los escritos”*. Allí tenía el teléfono del Ministro de Justicia, marcó el número, se puso el Ministro, Don Antonio Oriol, a quien Don Marcelo le contó lo que había pasado y añadió: *“Aquí estoy yo, dispuesto desde este momento a ir a la cárcel. Hasta las dos estaré en el Arzobispado; por la tarde no saldré de mi despacho, en mi residencia, en el Colegio de las Madres Teresianas. Yo soy el responsable de los escritos, que se han hecho por orden mía. Ni me arrepiento, ni me escondo, Sr. Ministro. He procurado durante estos quince días evitar el escándalo. Uds. no me han dado solución. No han previsto el jaleo que se*

podía armar, y ahora lo vamos a tener más gordo, cuando se haga público que meten al Arzobispo de Barcelona en la cárcel”. Y, ya más calmado, añadió: “Don Antonio, ahora como amigo, le ruego que piensen lo que van a hacer. Busquen la solución que sea, pero eviten meterse en este lío, que no sabemos adónde nos puede llevar, pero desde luego a nada bueno...”

Al día siguiente llegó un telegrama urgente, diciendo que los sacerdotes habían sido indultados. A los pocos minutos de recibir el telegrama, llamó el Ministro Oriol, confirmando la noticia y pidiendo a Don Marcelo que guardara absoluto secreto, porque hasta unos días después los encausados no recibirían la comunicación en el Juzgado.

Efectivamente, a los tres o cuatro días recibieron una citación urgente, señalando el día en que tenían que presentarse en la Audiencia. La noticia se corrió con toda rapidez entre sus grupos afines, que enseguida se organizaron y, llegada la fecha, un grupo de sacerdotes se pusieron la sotana, para ir a la hora convenida a las cercanías de la Audiencia, para que cuando los encausados salieran con la noticia, acompañarles en procesión, con cruz alzada, cantando el rosario, por las calles de Barcelona hasta el Arzobispado. La gran desilusión se produjo, cuando los encausados salieron muy contrariados y con caras de enfado manifiesto, porque les habían comunicado el indulto.

Y esto no era más que el primer eslabón de la cadena de conflictos que tenían preparados. El siguiente, que ya habían anunciado al Sr. Nuncio los cuatro encausados, sería “Huelga de Misas” en muchas parroquias, a partir del domingo siguiente al que empezara la reclusión de los condenados.

Gracias a la intervención de Don Marcelo se evitó, primero que lo cuatro sacerdotes ingresaran en prisión y, segundo, como consecuencia, que no se celebrara esa procesión, falsa y escandalosa, que hubiera dividido aún más a los sacerdotes y fieles de Barcelona.

Entre estas alegrías y contrariedades el Papa le nombró Arzobispo de Toledo, donde Don Marcelo, desde el primer momento, se encontró muy feliz, como un toledano más.

He contado hechos, más o menos significativos de la vida de Don Marcelo, que pudieron haber sido primeras noticias de prensa. Para él lo más importante era **la vida ordinaria de cada día**: La caridad con obras, la piedad sincera, el trabajo, el servicio a los demás, la obediencia, el celo pastoral, la fidelidad; las obras buenas y sencillas que están al alcance de todos y que no suelen aparecer en los periódicos, pero que, salidas del fondo del corazón, son las que dan brillo a la Iglesia de Cristo y contribuyen a dar gloria a Dios.

CONCLUSION

En la carta que el Papa San Juan Pablo II le escribió, el año 1986, al cumplirse los veinticinco años del nombramiento de obispo, después de enumerar diversas cosas que había realizado Don Marcelo en su vida, le dice: ***“Bien sabemos que no siempre has navegado por mares muy tranquilos. Pero ¿a quién no le alcanza el oleaje? Sigue, pues, el camino emprendido, confiando en Dios, a quien sea la gloria por los siglos”.***

Esta carta del Santo Padre y el tono de su redacción produjeron a Don Marcelo mucha alegría. Cuando se publicó, una persona, colaboradora muy cercana, le dijo: “Le habrá gustado la carta que le ha enviado el Papa, sobre todo esa frase que le dice: ***“sigue en el camino emprendido...”***, que manifiesta una aprobación expresa a su labor”. Don Marcelo contestó: ***“Pues sí, es verdad. Esta carta me ha producido mucha alegría. El Papa es siempre muy generoso conmigo. Me quiere mucho y sabe que yo también le quiero mucho a él. Le agradezco estas expresiones de atención. Pero lo más importante es que Dios, que me conoce del todo, me diga lo mismo, cuando quiera llamarme”.***

Fue Arzobispo de Toledo durante casi 24 años, atendido, en el Arzobispado, por las Religiosas Auxiliares Parroquiales de Cristo Sacerdote. Cuando pasó a emérito, aquí siguió, los nueve años que vivió como jubilado, en la Residencia “Madre Genoveva” de las Religiosas Angélicas. Tanto unas como otras le atendieron con toda solicitud y delicadeza. El día 25 de agosto se cumplirán los catorce años de la fecha en que fue llamado a la Casa del Padre.

Hoy se cumple el centenario de la venida a este mundo del Cardenal Don Marcelo González Martín, "DON MARCELO". Demos gracias a Dios por su nacimiento y pidamos al Señor de la Misericordia que, si aún no le tiene junto a Él en el cielo, le lleve cuanto antes, para que goce de la Gloria Eterna e interceda por nosotros.

Muchas gracias.